

Una lectura *Salamantina* del *Lazarillo*

Javier San José Lera
Universidad de Salamanca

«¿Decir algo más sobre el Lazarillo?» se preguntaba Claudio Guillén en 1988, en un trabajo titulado hermosamente «Los silencios de Lázaro de Tormes»¹. El título del trabajo de Guillén apuntaba a la idea de que en la forma de contar la historia, el narrador calla tanto como lo que dice, y es el lector el que debe completar con su experiencia las informaciones que el narrador escamotea; el horizonte de expectativas de lo real y cotidiano compartido por autor y lector del siglo XVI, eximía de la obligación de exhaustividad al narrador y permitía la elipsis: el lector completará lo que yo me callo parece decirnos Lázaro; es «la maravilla artística de la reticencia»². «El anónimo maneja la elipsis con tanta destreza -afirma Francisco Rico- que el no especialista corre el peligro de perderse algunos de los matices más sabrosos de la novela, si no se le suministra noticia suficiente de la sociedad del momento»³.

Por eso, reconstruir las coordenadas de la realidad es un proceso imprescindible para extraer los sentidos al texto. Es un ejercicio sano recuperar la historia, después de los estructuralismos y sus postres posmodernos, tal y como propone el Nuevo Historicismismo, porque dentro de la historia se ha producido la transacción entre la obra y el sistema cultural que la acoge y la configura. Pero en este caso no me interesa sacar a la luz los condicionamientos ideológicos, sino comprobar la interacción entre ficción y contexto en un juego de resonancias que alimentan mutuamente a la literatura y a la realidad histórica.

Esta necesidad de completar con la historia el contexto del mundo ficticio ha llevado a varios autores a reconstruir lo que se oculta tras algunas frases del *Lazarillo*: Guillén, por ejemplo, reflexiona sobre la frase «El negro de mi padrastro», en el que el lector del siglo XVI –no tanto el actual– identificaría sin más al morisco con toda su realidad social e ideológica. Se ha reconstruido tam-

1. Claudio GUILLÉN, «Los silencios de Lázaro de Tormes», en *El primer Siglo de Oro*, Barcelona, Crítica, 1988, 66.

2. C. GUILLÉN, «Los silencios...», 77.

3. Francisco RICO (ed.), *Lazarillo de Tormes*, Madrid, Cátedra, 1987, 84.

bién el contexto histórico e ideológico del hidalgo, el de la figura de ciego y mozo, el del cura de Maqueda, el del buldero, incluso el del arcipreste de san Salvador; pero, que yo sepa, no se ha insistido en el componente salmantino del arranque, quizá por su menor desarrollo en la narración, pero donde se ha concentrado numerosa información no carente de interés, porque desde ella se apoya el devenir posterior de Lázaro. Aquí es donde engarza mi deseo de volver al *Lazarillo*, 450 años después, (al menos de las primeras ediciones conservadas) con una lectura salmantina, (y también *salamantina*, como veremos después), para reconstruir el contexto de algunas afirmaciones del cimienta vital de nuestro personaje, que apuntan a la familiaridad del autor y del lector con una realidad histórica concreta y que pueden ser elemento clave para apuntalar una hipótesis de autoría. No sabemos si el autor pudo ser salmantino, más bien con poca probabilidad lo es, aunque la relación con Salamanca provenga con mucha probabilidad a través del ámbito universitario.

Francisco Rico se declara amoscado por la insistencia en referir el *Lazarillo* a un estudiante de Salamanca⁴, aunque no dice por qué y la verdad, no se me alcanza. Pero lo cierto es que la tradición de atribuciones que con más fundamento ha sido defendida apunta a la formación salmanticense del autor. Desde la temprana atribución a fray Juan de Ortega, (defendida por Bataillon y Guillén) fraile jerónimo en Salamanca, Diego Hurtado de Mendoza, Sebastián de Horozco, hasta el último y mejor fundado de los trabajos que conozco, el de José Luis Madrigal, en su excelente «Cervantes de Salazar, autor del *Lazarillo*», donde escribe que le parece seguro que el autor estudió en Salamanca, y allí pudo oír a Domingo de Soto explicaciones sobre la reputación y la honra, y en torno a la polémica sobre la pobreza de los años 40 del XVI, contextos necesarios de todo el *Lazarillo*⁵.

Siempre me ha parecido por lo menos admirable la capacidad de apropiación del personaje literario de Lázaro de Tormes por la ciudad de Salamanca. Algo parecido ocurre con *La Celestina* a la que no le podemos establecer segura ligazón con esta ciudad; y sin embargo, Salamanca se ha apropiado para sí la obra y se ha instalado en la imaginación popular, frente a otras candidatas, como Toledo, o Sevilla⁶.

El caso del *Lazarillo* es algo distinto, pero parecido: con Lázaro no hay que especular, es de Salamanca y se pone el patronímico *de Tormes*, no tanto parodia de la localización patria de los grandes caballeros andantes, pero al fin también identificador del origen de quien va a ejercer un oficio itinerante⁷, a la manera de los copleros y de los toreros que se bautizan con su patronímico.

4. Francisco RICO (ed.), *Lazarillo de Tormes*, ed. cit., 36, n. 13.

5. Las cuestiones acerca de la autoría del *Lazarillo* han vuelto a ponerse de actualidad tras los trabajos de Rosa NAVARRO DURÁN, (ver particularmente su *Alfonso de Valdés, autor del Lazarillo de Tormes*, Madrid, Gredos, 2003). Debe verse ahora el repaso al estado de la cuestión presentado en la revista *Insula* 683 (noviembre de 2003), con trabajos de Aldo RUFFINATTO («Lázaro González Pérez, actor y autor del *Lazarillo*», 11-13), José Luis MADRIGAL («Cervantes de Salazar y el *Lazarillo*: un estudio de atribución» 9-13) y Félix CARRASCO («*Lazarillo*: "...hablando con reverencia de Vuestra Merced porque está ella delante" y la autoría de Alfonso de Valdés», 14-17. El trabajo más extenso y detallado de José Luis MADRIGAL es «Cervantes de Salazar, autor del *Lazarillo*» y puede verse en la revista electrónica *Artifara* n. 2 (enero-junio 2003) en la dirección artifara.com/rivista2/testi/cervlazar.asp

6. Merece reseñarse aquí, por su peculiaridad, el trabajo de Federico ROMERO, *Salamanca, teatro de «La Celestina»*, Madrid, Escelicer, 1959. Este libretista de célebres zarzuelas (entre ellas *La canción del olvido*, *Doña Francisquita* o *Luisa Fernanda*) explica su convencimiento de que sólo Salamanca puede ser el escenario de *La Celestina* «por respeto a una tradición documentada, supuesto que la tradición es, cuando menos, la mitad de la historia» (p. 15), y porque «lo dice el aire, la atmósfera... Mejor que en los archivos, hay que buscar la verdad en lo que se respira» (p. 42).

7. Pedro M. CÁTEDRA, *Invencción, difusión y recepción de la literatura popular impresa (Siglo XVI)*, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 2002, 145.

El narrador localiza geográficamente su trayectoria vital, que se inicia en Salamanca; pero la peripécia de Lázaro (todavía *Lazarillo*) en la ciudad es escasa. En apenas tres folios de los ocho de la primera plana se traza la estancia de Lázaro en Salamanca. Como «rápido resumen», «desarrollo precipitado de los hechos» caracteriza Margit Frenk esta introducción⁸. En realidad, lo principal de las aventuras del joven ocurre fuera de Salamanca, en ámbito sobre todo rural, no urbano, aunque finalmente es Toledo la ciudad en la que se desenlazan las fortunas y adversidades de Lázaro de Tormes con el suceso clave de su vida: *el caso*. Es la consentida infidelidad de su mujer con el arcipreste, la circunstancia con que se culmina el proceso de degradación moral en trayectoria opuesta al relativo ascenso social hasta la cumbre de toda buena fortuna, lo que justifica la escritura y la selección de acontecimientos: no me juzgue nadie antes de haber oído *por entero* mi relato.

Y a pesar de la escasa presencia salmantina en el relato, sin embargo, la fuerza literaria de la ciudad universitaria, Salamanca, es tan grande en el imaginario cultural de la época, que acaba imponiéndose, sobre los ambientes rurales o la ciudad de Toledo. En la imaginación popular Salamanca y no Toledo es la patria de Lázaro y de Celestina, y a Salamanca peregrinan quienes buscan recrear el ambiente literario de esa magistral narración. Como nos recuerda Stephen Gilman:

«la atribución tradicional del *Lazarillo* a un estudiante de Salamanca, sea cierta o no, testifica la conciencia popular de una atmósfera universitaria, a la vez subversiva y festiva. Los lectores sentían en ambas obras [Celestina y *Lazarillo*] la falta de reverencia fundamental de espíritus ya pertenecientes a una nueva sociedad»⁹.

La tradición identifica a Lázaro con su patria natal. Y la tradición es, también en este caso, cuando menos, «la mitad de la historia»¹⁰.

Poca Salamanca, pero intensa es la del *Lazarillo*. Con la suficiente intensidad para hacer resonar en los primeros lectores todo un mundo que interesa al narrador para justificación de su comportamiento posterior.

El tratamiento del espacio en la parte introductoria del *Lazarillo* es móvil: del molino de Tejares, a la casilla en la ciudad, a las caballerizas, al mesón de la Solana, por las calles de Salamanca, que no se nombran pero se intuyen («Como estuvimos en Salamanca *algunos días*...»). Recorramos juntos ese espacio y sus resonancias:

Los orígenes salmantinos de Lázaro: Lázaro en Tejares

«Pues sepa V.M. ante todas cosas que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca»

Tejares es el entorno rural de la urbe universitaria. No está de más recordar la descripción que de la aldea se hace en 1604 (*Libro de los lugares y aldeas del obispado de Salamanca*): «Es un lugar de treinta vecinos; tiene una iglesia harto mal tratada, que se llueve mucho; no tiene noveno (el «noveno» es un canon pontificio sobre el diezmo) y está pobre»¹¹. ¿Quién podría recordar un lugar de treinta vecinos si no era alguien cercano, alguien que conociese la aldea y su entorno, sus moli-

8. Margit FRENK, «Tiempo y narrador en el *Lazarillo*», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XXIV (1975), 197-218, 203.

9. Stephen GILLMAN, *La España de Fernando de Rojas*, Madrid, Taurus, 1978, 295.

10. ROMERO, 15 (ver nota 6).

11. Cit. por Aldo RUFFINATTO, *Las dos caras del Lazarillo. Texto y mensaje*, Madrid, Castalia, 2000.

nos a orillas del Tormes? La primera selección del espacio nos remite necesariamente a alguien que conociera de cerca el sitio; y sus resonancias, ya que quizá fuera el lugar, al otro lado del río, al que se llevaba a las putas en Cuaresma, para poder ir después a buscarlas en barcas y devolverlas a la ciudad los estudiantes comandados por el «Padre Putas» o «Padre de Mancebía», el lunes después del de Pascua, el Lunes de Quasimodo o Lunes de Aguas en la tradición local.

Los progenitores de Lázaro son naturales de Tejares; ellos son – junto con el negro Zaide – los únicos personajes a quienes se nombra en la narración, aunque sus nombres y su caracterización proceden del mundo del folclore y del refranero (¿o pasan a él a posteriori?).

Antona Pérez: «Antona, fuese a misa y volvió a nona / Antona, salió a prima y volvió a nona». Antona es sinónimo de mujer callejera, y siendo mujer del molinero, o sea molinera, molería en el molino algo más que el trigo (de molienda a jodienda...), aprovechando lo apartado de los molinos, como sugiere con frecuencia la lírica popular:

Déjeme cerner mi harina
no porfie, dejemé
que le enharinaré¹².

Tomé González: «Si cuando Tomico a todo me aplico, mirad qué haré en siendo Tomé / Más vale santo Tomé, que san Donato (tomar/ dar)». El nombre se convierte en indicador del latrocinio, del que toma lo que no debe en la referencia popular.

«Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquél río».

El oficio del padre también nos pone en contacto con el mundo folclórico y las referencias al latrocinio: «Molinero y sangrador, parecidos son: este sangra a los mortales y aquel sangra a los costales», «Molinero y ladrón, dos cosas suenan y una son»¹³.

«El mundo del molino está relacionado con el simbolismo sexual por varios de sus componentes: movimiento giratorio, agua, harina (semen)... *mover (moveri futuere) cerner*»¹⁴, con amplia presencia en la literatura. Todavía se canta en Extremadura: «Vengo de moler, morena/ de los molinos de arriba/ duermo con la molinera/ que no me cobra maquila».

Así pues, si Tejares se asocia con la prostitución, la molinera con la furcia y el molinero con el ladrón, los orígenes de Lázaro muestran a las claras, pero sin decirlo, la contraria fortuna contra la que el joven ha tenido que luchar.

Lázaro en Salamanca

«...y vínose a vivir a la ciudad...»

12. Agustín REDONDO, ha estudiado con detalle este mundo folclórico en su trabajo «De molinos, molineros y molineras. Tradiciones folclóricas y literatura en la España del Siglo de Oro», en *Literatura y folclore, problemas de intertextualidad*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1983, 99-115.

13. Sobre estos refranes ver, José GELLA ITURRIAGA, «El refranero en la novela picaresca y los refranes del *Lazarillo* y de la *Pícara Justina*», en Criado del VAL (dir.), *La picaresca. Orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca*, Madrid, FUE, 1979, 231-255.

14. REDONDO, 107.

Al entrar por el puente desde Tejares tendría Lázaro una visión de Salamanca semejante a la que dibujó en 1570 Anton van Wyngaerde, una Salamanca que vive en plena fiebre constructora, transformando su aspecto de ciudad medieval en urbe renacentista¹⁵. En la línea del cielo salmantino, por encima de las casas adosadas a la muralla, destacan torres y espadañas de iglesias, entre ellas la de las escuelas, colegios mayores y menores como el de Santiago, llamado del Rey para clérigos comendadores de esa orden, «edificio de los mejores que tiene Salamanca con dos torres que le hermocean, adornadas de rejas y escudos de la religión», conventos como el de san Pedro, de los agustinos, que competía en traza y dimensión con el de dominicos de san Esteban, ambos edificios iniciados en 1534, palacios civiles y la Iglesia Mayor, iniciada en 1513 y cuya torre apuntaba ya en 1570¹⁶. Salamanca sería por entonces la segunda ciudad de la meseta norte en número de habitantes, unos 4.500 vecinos recogen los censos (vecinos i. e. familias, lo que haría unos 18.000 habitantes) con elevado número de frailes, monjas y de estudiantes no censados (unos 6000 entre 1550 y 1555)¹⁷; 2563 figuran sin profesión, y aunque se incluyan aquí los nobles y las viudas, parece un alto porcentaje 51, 38% de parados, que llega hasta el 70% a finales del siglo XVI: caldo de cultivo apropiado para la vida marginal. De los oficios de la ciudad, destacan los 133 zapateros que tenía Salamanca en 1561, pero sólo 5 médicos, 4 cirujanos, 19 barberos y 11 boticarios; 19 librerías, 11 imprentas, 31 encuadernadores.

Tras saludar al toro de piedra (*el toro de la puente* que como fielato de la doctrina aparecía también en el refranero de Gonzalo Correas: «En Salamanca los dones, el toro de la puente los quita y los pone») que luego le dará la cornada cuyo dolor le durará tres días, y su recuerdo bastantes más, el puente desembocaba de bruces enfrente de la mancebía, casa subastada públicamente por el ayuntamiento y por cuyo dominio pujaban los más altos nobles, sabiendo que el de la putería era buen negocio en la universitaria ciudad. Lo decía también el refranero en varias modalidades:

«A Salamanca, putas, que llega san Lucas» (Gonzalo de Correas)

«En Salamanca por san Lucas, feria de putas»¹⁸.

San Lucas, el 18 de octubre, fecha oficial del comienzo del curso escolar, era el pistoletazo de salida para los puteríos, que sólo cesaban durante el tiempo de cuaresma. La fogosidad de los estudiantes se convierte en proverbial, y particularmente los salmantinos, siempre dispuestos a satisfacer a guapas o a feas. Y como «En Salamanca, la que no es puta es manca»... Es curiosísima la glosa con que un lector (seguramente salmantino) castiga el manuscrito 93 de la Biblioteca Menéndez Pelayo de Santander, donde se copia en 1613 *El alguacil endemoniado* de Quevedo; en la parte del texto que dice:

Feas (dixo al instante) seis veçes más, porque como los pecados para conocerlos y aborrecerlos no es menester más que hacerlos, y las hermosas hallan tantos que las satisfagan su apetito carnal, hártanse y arrepíentense: pero las feas como no hallan a nadie, allá se nos van en ayunas y con la misma hambre rogando a los hombres.

15. Richard L. KAGAN, *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton van Wyngaerde*, Madrid, El Viso, 1986.

16. Gil GONZÁLEZ DE ÁVILA, *Historia de las antigüedades de la ciudad de Salamanca*, Salamanca, Artus Taberniel, 1606.

17. Richard L. KAGAN, apunta 5982, es decir, un tercio de la población total, lo que asegura el impacto de la población estudiantil en la ciudad: *Universidad y sociedad en la España moderna*, Madrid, Tecnos, 1981, 293.

18. Para los refranes estudiantiles, ver José A. SÁNCHEZ PASO, ed. *Refranero estudiantil*, Salamanca, Básicos, 2002.

El lector ha subrayado el texto de las feas para escribir al margen: «Pues vénganse a Salamanca y no tendrán hambre» (fol. 16 línea 24-28). Sin comentarios.

El oficio de la madre y sus clientes

«Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno dellos, y vínose a vivir a la ciudad y alquiló una casilla, y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes...»

Con esta actividad y esta fama, no es extraño que la madre de Lázaro buscase fortuna en la ciudad, ejerciendo el oficio más viejo del mundo (que seguramente conocía ya desde Tejares), aunque nada dice y casi todo calla el narrador.

El oficio de ama de estudiantes no contaba con buena fama. Entre sus «obligaciones» estaría la de iniciar a los estudiantes en las dulzuras del lecho; por eso los estatutos universitarios de 1538 reglamentan que los bachilleres de pupilos «no tengan por amas mujeres sospechosas de quien se tema incontinencia de su persona»¹⁹.

Las mujeres de la «dolcetudine» como las llama el estudiante italiano Girolamo da Sommaia, que gasta en ellas algunos de sus ingresos²⁰, se habían instalado en el barrio de las tenerías, junto a la puerta del río, orillas de Tormes, donde también ejerció la vieja Celestina. Rojas Zorrilla localiza allí la casa de un estudiante:

...nuestro Estudiante, amo mío,
y seis que con él están,
vive pegado al Deán,
junto a la puerta del río:
que para sus malas mañas
es barrio de mejor modo...²¹.

La «casilla» que alquila la madre de Lázaro en Salamanca estaría, seguro, cerca del río: el oficio que adquiere de lavandera de las prendas de los mozos del comendador parece recomendar esta ubicación. Por más que lo que lave el ama no sólo sea la ropa, como sugiere Rojas Zorrilla: «Para limpiar la persona/ servirse con opinión,/ cada uno tiene un gorrón,/ y todos una gorróna». Y por más que el «metiose a guisar de comer» se cargue también de sentidos desplazados, (los sentidos de *comer* como *futuere* son proverbiales: «Si me das posada como he menester / me tendrás en tu casa para comer») en un pasaje –como tantos del *Lazarillo*– donde la ironía lingüística es esencial.

Así pues, todo, la ubicación y la ocupación, apunta al hecho de que el oficio confesado de la madre de Lázaro era una buena tapadera para el ejercicio de la prostitución, como fuente alternativa de ingresos a las comidas que prepara a los estudiantes o las ropas que lava a los mozos de caballos. La actividad sexual de los estudiantes buscaba salidas entre las amas. Por eso algunos

19. *Estatutos hechos por la Universidad de Salamanca*, 14 de octubre, 1538. Ver Javier ALEJO MONTES, *La universidad de Salamanca bajo Felipe II*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1998.

20. Girolamo DA SOMMAIA, *Diario de un estudiante de Salamanca* (ed. George Haley), Salamanca, Universidad de Salamanca, 1977.

21. ROJAS ZORRILLA, *Obligados y ofendidos y gorrón de Salamanca*, en *Teatro Español del Siglo de Oro* (Base de datos de texto completo), Cambridge, Chadwick-Healey, 1998.

estatutos universitarios del siglo XVI prohíben a todas las mujeres servir a estudiantes sin licencia previa del maestreescuela (examinaba según los estatutos de 1538 *De moribus et vita y suficiencia*, y quien ejerciera sin examen previo se arriesgaba a penas de destierro y multa). Y se prohibía que en las casas donde había estudiantes hubiese mujeres jóvenes que pudiesen provocar incontinencia. Un estudiante pardillo se quejaba en 1576 de la sobrina del bachiller (el encargado del pupilaje) porque vivía en casa con ellos y decía a los visitantes que lo evitasen, «que la sobrina del dicho Sochantre no conviene habiendo de tener estudiantes esté ella en casa, porque es sospechosa, e se sube a decirles cuentos e cantares e chistes...»²².

Las visitas a los pupilajes arrojan no pocos casos de amancebamiento con el ama o con otras mujeres, y transgresión de la norma que según los estatutos obliga a cerrar las puertas del pupilaje por la noche: «los bachilleres de pupilos sean obligados a cerrar la puerta de su casa con llave desde el primero día de Octubre hasta el primero día de Marzo alas siete de la noche; y desde el primer día de Marzo hasta el dicho primer día de Octubre a las diez de la noche y no se puedan abrir sin causa justa» y a vigilar que no entren mujeres «ni consientan entrar en casa mujer sospechosa». Pues bien, en las visitas leemos: «que la puerta no tiene orden, porque muchas veces se queda abierta e se pueden meter mujeres, e que Diego Felipe metió dos noches mujeres e Francisco de Enciso una vez ha oído mujeres de mal vivir...»; otro: «dijo que oyó decir que fulano, pupilo de casa y mengano que habían metido una noche unas mozas en casa e que tiene por entendido que quedaron en casa...» «... que oyó decir que Lázaro Rodríguez (también tiene gracia el nombre) que está preso estaba infamado con una mujer *enamorada* que se dice Petronia...»²³.

De entre la tipología de los estudiantes serían los de la madre de Lázaro los de peor pasar, quizá criados de estudiantes, que aprovechaban el servicio a unos amos para estudiar ellos mismos, (como el licenciado Vidriera) sopistas (porque buscan la sopa boba de los conventos) o capigorriones (por su atuendo y por la afición al gorroneo); frente a los de alojamiento asentado, nobles con casa propia o alquiler individual, conventuales o colegiales, estarían los «camaristas», los que alquilan cuartos con derecho a cocina, y los de compañías o repúblicas de estudiantes, que se han juntado para compartir piso por aliviar los gastos de alquiler, y que pagan a escote los servicios del ama que limpia, lava, cocina, hace y seguramente deshace los lechos (así vive, por ejemplo en Salamanca Calderón de la Barca, que acaba con sus huesos en la cárcel por no pagar el alquiler)²⁴.

Y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Los otros clientes son «los mozos de caballos del comendador de la Magdalena». La iglesia de la Magdalena de Salamanca, es de rancia estirpe literaria, pues parece ser la misma cuyos toques de campanas oyen los personajes de *La Celestina* («A Pármeneo y Sempronio veo ir a la Magdalena», acto XI); incluso se ha especulado si Calisto sería caballero de Alcántara, orden militar, patrona de la encomienda²⁵. Los mozos de caballos (mozos son también Pármeneo, Sempronio y Tristán, y de Sosias se dice que es «mozo de espuelas») son los que más acostumbrados están al negocio de cabal-

22. Cit. en Alejo MONTES, 317.

23. *Mujer enamorada* es eufemismo por 'prostituta', como atestigua CERVANTES en *La tía fingida*: «Hay casas así en Salamanca como en otras ciudades que llevan de suelo vivir siempre en ellas mujeres cortesanas o por otro nombre trabajadoras o *enamoradas*). Todos los casos tomados del *Libro de visitas de pupilajes* del Archivo Universitario de Salamanca por Javier ALEJO, cit.

24. Puede verse al respecto el clásico ensayo de J. GARCÍA MERCADAL, *Estudiantes, sopistas y pícaros*, Madrid, Austral, 1954.

25. ROMERO, 86.

gar, el uso erótico de los verbos *montar* o *cabalgar* puede documentarse ampliamente, por ejemplo, en el *Libro de canciones para pasar la siesta* recogido en un manuscrito de Rávena de 1589: «También es cosa gustosa / cuando te vistes de fiesta / y estás más fresca y hermosa / *cabalgarte* por la siesta y es más gusto ir compuesta / para quien te ha de hoder / *alzando las piernas arriba/ y con el culo cerner*»- donde también se recarga de sentido el «cerner» de la molinera de antes²⁶. Por eso es evidente que la alusión a la visita frecuente de las «caballerizas» no es ubicación ingenua.

El moreno Zaide que visita a Antona subraya igualmente el carácter ínfimo de la clientela. También apunta al caleidoscopio social de la Salamanca del quinientos, con la presencia de esclavos moriscos que llegan a la ciudad tras la dispersión ordenada por Felipe II después de la derrota de los moriscos granadinos. Raro era el linaje noble salmantino que no poseía uno o varios esclavos, a decir de Manuel Fernández Álvarez²⁷.

Proletariado estudiantil, en suma («estudiantes sin blanca, a Salamanca»; «estudiante sin recuero, bolsa sin dinero»; «si tienes ciencia y no blanca, a Salamanca»), mozos de mulas y un esclavo morisco son la distinguida clientela de la «dama», que, emigrante a la ciudad desde el entorno rural, no llega sino hasta el arrabal para ejercer la prostitución. Ella y ellos pertenecerían a esa estirpe de personajes urbanos de la más baja ralea social; personajes urbanos, que contrastan, por otra parte con la procedencia rural de los González y Pérez, que pasan de tener nombre propio a desaparecer anónimamente en la tela de araña de la ciudad donde el nombre ya no importa, sólo el oficio, y no todos. La ciudad impone sus normas, fagocita a sus habitantes y obliga al ciego, habituado a obtener beneficios por su oficio rural -rezador de ensalmos de tradición oral- a buscar por los pueblos el sustento que la ciudad ya le niega («pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí»).

Y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana.

Criada de mesonero, no es tampoco oficio de dignidad social precisamente. Los mesones de Salamanca debieron cobrar relevancia en el Siglo de Oro: «tres años de mesón seis en Salamanca son» dice el refranero. Cuando Lope hace el elogio de Salamanca en su comedia *El bobo del colegio*, después de la larga descripción de sus grandezas, linajes ilustres, edificios, colegios y demás, termina alabando el «Colegio de los Mudos»:

Y si de escuchar, te cansas
 acabaré con decir
 un Colegio que me falta,
 que se llama el de los Mudos,
 este es una sala baja
 junto a la cárcel, mas tiene
 sus dos puertas a la plaza.
 Aquí arrimados los cueros
 del vino de partes varias,
 hasta que se distribuye,
 calla entonces, después habla;
tabernilla, y tabladillo

26. *Poesía erótica del Siglo de Oro*, (eds. Pierre Alzieu, Robert Jammes, Yves Lissorgues), Barcelona, Crítica, 2000.

27. Manuel FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, *La sociedad española en el Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1989.

*tienen por tierras extrañas,
tal fama, que no me escusa
de que en esta cifra vayan.*
La provisión no te alabo,
porque has de experimentarla
los días que ver mereces
la divina Salamanca²⁸.

Tabernilla y tabladillo podrían ser las dos secciones de un mesón como el de La Solana donde sirve la madre de Lázaro, al parecer situado en el edificio del ayuntamiento, en la plaza, como dice el Fabio de Lope.

Sea como fuere, el mesón no era el mejor sitio para criar a Lázaro en ambiente de moralidad; los mesones, como lugar de paso, ofrecen negocio seguro para rameras y los de Salamanca, contaban con algunas famosas, como la Mariblanca que retrata -con inequívocas referencias estudiantiles- la *Carajicomedia* del *Cancionero de obras de burlas provocantes a risa*, publicado en Valencia en 1519:

Reside en un mesón de Salamanca al paso de la Vega. Es mujer muy retraída (de vergüenza) y que tiene gran abstinencia (de castidad)... Muchos doctores afirman que en su juventud anduvo peregrinando por puteñas y burdeles, empero Bártulo y el Baldo lo contradicen. *Ego credo bene hoc potest fieri secundum dispositio eius*²⁹.

Ya en el siglo XVII, Diego de Torres Villarroel describe en *La tabernera de la puerta de Villamayor* las relaciones entre los estudiantes y las taberneras, convertidas en acervo común, con esta canción pícaro, en la que se identifican *pique* es decir, pícaro y *estudiante*:

Ya se llega san Lucas
mas mi estudiante
menos escuelas cursa
en todas partes
¡Ay, mi *pique*, mi chulo *estudiante*!
¡Vente tras mi garbillo
arroja el arte!
Los más que en Salamanca
son escolares
solo estudian de Ovidio
el *Ars amandi*³⁰.

El hambre

La hambre (discreto lector) es madre tutriz de buenos y aun de malos vicios; esta enseña a hablar a los pícaros, tordos y papagayos; esta despierta los dormilones, aviva los perezoso y es maestra de todo género de hombres menesterosos³¹.

28. Lope DE VEGA, *El bobo del colegio* (ed. de Javier San José), Salamanca, Clásicos de Salamanca, 2001.

29. Cit. en Luis CORTÉS VÁZQUEZ, *La vida estudiantil en la Salamanca clásica*, Salamanca, Ediciones Universidad, 1996.

30. *Canciones de estudiantes de contexto salmantino (siglos XVII y XVIII)*, en *Miscelánea Alfonso IX*, Salamanca, 1999, 253-272.

31. *Diálogo intitulado el capón*, *Revue Hispanique*, 38 (1916), 243-321.

Así se expresa el *Diálogo intitulado El Capón* en el prólogo al lector, antes de hacer una descripción pormenorizada de un pupilaje salmantino. Había –decían los sabios– una razón para tal escasez, pues así como las comidas copiosas embotan los ingenios (por lo que los predicadores recomendaban no ejercer con el estómago lleno), el hambre los aviva. Ya en el siglo XIII se recoge en ambiente académico el proverbio –que firmaría el autor del prólogo junto al ciceroniano *bonos alit artes*– *Ingeniosa fames omnes excuderit artes*³².

Lázaro debió aprender que el hambre aviva el ingenio. El hambre y el frío del invierno son la realidad cotidiana con la que Lázaro convive en Salamanca, por eso no es raro que se sienta agradecido al negro que cohabita con su madre, porque cuando aparece él, en casa se come.

Yo, al principio de su entrada, pesábame con él, y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas de que vi que su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno, leños a que nos calentábamos.

Pan y pedazos de carne procederían del latrocinio del morisco Zaide durante su servicio. Pan y pedazos de carne eran la comida habitual de los pupilajes de estudiantes, donde el hambre y el frío eran también realidad cotidiana, por la avaricia de los pupileros y la sisa de las amas y los mozos de servicio. Por las visitas a pupilajes (cada año dos veces, según los estatutos) nos enteramos de la dieta de los pupilos y de otras circunstancias sobre la higiene de los internados en uno de los cuales, no se olvide, parece servir la madre de Lázaro; así, el día 5 de junio de 1576 se visita el pupilaje de Juan Sánchez y se pregunta a un pupilo que aprovecha la ocasión para quejarse:

preguntado qué les da de ordinario dijo que una libra de carnero, su escudilla de caldo e su media libra de carne e su ante e su pos; preguntado si se les da limpio e a sus tiempos, dijo que a sus tiempos se les da, pero no muy limpio, antes, hay falta en esto, e por pos unas cerezas pestilenciales (...) E por cena unas lechugas muy bellacas que trae de un huerto suyo e muy sucias (...) Preguntado los viernes qué les dan, dijo que su ante y caldo de garbanzos no muy bueno e muy pocos viernes les dan huevos estrellados, si no cocidos duros y en agua de pescado, y cuando no les da esto, les da pescado de la pescadería muy malo y hediondo (...) El pan no es muy bueno sino muy bellaco porque se masa en casa y aguardan a que se endurezca (...) E que los platos vienen llenos de pelos e sucios, porque tiene a su madre vieja que pasa todo por su mano y como es antigua e no ve no viene tan limpio como conviene³³.

Estas cosas se leen en los libros de visitas de pupilajes del archivo, no en ninguna novela picaresca. La realidad supera a la ficción y el hambre de los pupilajes de estudiantes es una realidad de la vida universitaria, como atestiguan los libros de visitas, que se fue convirtiendo a lo largo del siglo en material tradicional (¿o lo eran ya cuando se escribe el *Lazarillo*?), para ilustrar chistes y cuentecillos, de donde lo toma no sólo la picaresca sino también otras formas literarias más cercanas en el tiempo al contexto del *Lazarillo: El Scholástico* de Villalón, el *Liber facetiarum* de Luis de Pinedo, el *Cancionero* de Sebastián de Horozco o la *Floresta española* de Melchor de Santa Cruz³⁴.

En fin, podrían multiplicarse sin esfuerzo los ejemplos literarios y no. Es cierto que nada de esto se menciona en el *Lazarillo*; tan solo se habla del oficio de ama de cocina de estudiantes de la madre y del hambre que se sacia con lo que sisa el moro Zaide hasta que le pillan y termina el

32. Lo tomo de Hugo de SAN VÍCTOR en su *Eruditio didascalica*, lib. I, cap. X, *Patrologia Latina* 176, 748B.

33. ALEJO, cit.

34. Ver al respecto, Maxime CHEVALIER, «De los cuentos tradicionales a la novela picaresca», en *La picaresca...*, 333-345.

padrastró como el padre azotado y pringado. Pero el mundo de la picaresca universitaria era tan fuerte, que la mera mención levantaba todo un mundo de resonancias, y el lector identificaba sin dificultades el oficio y a los clientes situados en la Salamanca del quinientos.

En las calles de Salamanca se desarrolló el primer aprendizaje vital de Lázaro, calles que no son de lo más recomendable. Lo advertía la Claudia de *La tía fingida* de Cervantes al advertir a su sobrina:

No pienses que estamos en Plasencia, de donde eres natural, ni en Zamora, donde comenzaste a saber qué cosa es mundo, ni menos en Toro, donde diste el tercer esquilmo de tu fertilidad, las cuales tierras son habitadas de gente buena, llana, sin malicia y sin recelo, y no tan intrincada y versada en bellaquerías como en la que hoy estamos: advierte hija que estás en Salamanca.

Se ha producido desde la vida estudiantil la construcción de un imaginario acerca de Salamanca que queda muchas veces más cerca de la Babilonia española que es Sevilla, que de la pretendida «Atenas castellana». Estudiantes implicados en burlas estudiantiles a novatos o en los gallos de actos académicos³⁵; el mundo de los jaques, del juego, de la prostitución y de los estudiantes aparece necesariamente asociado. Estudiantes pobres, dados a la picaresca, jóvenes entregados a la diversión que alborotan la ciudad y provocan las protestas de los vecinos.

Quevedo, en el baile *Los sopones de Salamanca*, retrata una corte de estudiantes y suripantas, tabernerías, para más detalle, donde resume los rasgos picarescos del imaginario popular³⁶. Los estudiantes (que habitan «a las orillas del Tormes») se mueren de hambre («discípulo a todas horas de Platón y de escudilla») y eso les pone «cara de engullir morcillas» y les convierte en catedráticos de Digesto («A y en materia de Digesto/ hombre que nunca se ahíta»); se rodean de amas que les cocinan caldos infestos (dice de un ama gallega Quevedo que es «muy poco culta de caldos / por su claridá infinita») y además son guarras («Abreviadora de trastos / dentro de una albondiguilla») y sisadoras («Ay para el carnero verde / mujer de tan alta guisa / que aun a la Libra del cielo / hurtará la media libra»). Son maestros del sexo «catedrático de sexto / en casa de sus vecinas» (donde *sexto* es el sexto mandamiento, y en polisemia barroca clave del concepto, la hora sexta -frente a la prima o las vísperas- la hora de la siesta), que pasa la noche en amores («quien, para dar madrugón / en la posada que habita / mejor entiende en España / las leyes de las Partidas») y hace a blanca o a negra, a prima o a esclava: «en las vacantes de negra / rige cátedra de prima». Como Góngora, estudiante en Salamanca por los años 80 que confiesa ser «un gran canónigo / porque en Salamanca / oyó Teología / sin perder mañana / su lección de prima / y al anochecer / lección de sobrina». Prima es la hora más importante de clase (la primera), la cuerda de la guitarra, un juego de cartas, y, claro la parienta deseosa de aprender lecciones de amor. La palabra con su polisemia, se prestaba al chiste barroco.

En fin, pero no hace falta irse demasiado lejos en el tiempo (y quizá tampoco en el espacio) para buscar la recreación teatral del ambiente estudiantil, muy cercana a la de las calles que recorre Lázaro en sus primeras troterías.

Lázaro y la Farsa llamada Salamantina

Parece haber una tendencia a relacionar al *Lazarillo* con alguna literatura dramática; es evidente la relación con *La celestina*, pero además se ha señalado la posible autoría de Lope de Rueda y se

35. Ver *Ejercicios paródicos universitarios* (ed. de Miguel García-Bermejo Giner), Salamanca, SEMYR, 1999.

36. Francisco DE QUEVEDO, *Los sopones de Salamanca (baile)*, en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1943, 512-513.

ha defendido la relación intertextual con la *Propaladia* de Torres Naharro, con la *Farsa del molinero* de Diego Sánchez de Badajoz donde aparece también la figura del ciego y el niño que le guía, con Sebastián de Horozco³⁷. Pero no se ha hablado mucho de la relación del *Lazarillo* con una pieza teatral que está cerca de ella, en el tiempo y en el espacio, una obra casi olvidada del casi olvidado Bartolomé Palau (también él como el pobre Lázaro en el *Índice* de Valdés de 1559 con la *Farsa llamada Custodia*). Es la *Farsa llamada La Salamantina* («que es una farsa muy fina /llamada salamantina»), a la que remite el título de mi trabajo³⁸. Obra salida de las prensas en 1552 (sólo dos años antes de las conservadas del *Lazarillo* y quizá el mismo año de la *princeps*), de momento sin lugar ni imprenta, y que «pasa entre los estudiantes en Salamanca». Quizá su «franco y brutal naturalismo» ha privado a esta pieza —«bastarda y degenerada prole» de la *Celestina*, a decir de don Marcelino — de mayor atención. Ferdinand Wolf, su primer estudioso, la reputó como indigna de ser reimprimida por su barbarie y lenguaje grosero e indecente. Suficiente para que cualquiera se anime a leerla, y yo me he divertido leyéndola y con ella voy a terminar.

La obra de este estudiante de Burbáguena (pueblo de Teruel) —no habría muchos en Salamanca en estos años (en 1620 por ejemplo había dos canonistas) — recoge ya con viveza todos los tópicos de la vida estudiantil, y da algunas pistas sobre el contexto necesario del *Lazarillo*, por su cinismo y crudeza y que muestra que la picaresca estudiantil no es invento del *Buscón*. «Un cuadro de costumbres tomado del natural de la gran ciudad universitaria, que es a la vez marco y fondo de la obra» dice Morel Fatio, el editor de la pieza en 1900.

Desde el introito queda definido el auditorio estudiantil, al que se comienza insultando, iniciando un juego que durará todo el parlamento:

¡y cuántos bobos están
esperando a mi mercé
aquí pasmados
Dios, y cuántos licenciados
hay acá y cuántas mujeres!
¿No miráis los bachilleres
qué tales se están sentados
sin yerguir
que no son para decir
a mi mercé que se asiente? (vv. 3-12);

el personaje se confiesa «bachiller de tibiquoque», es decir, ignorante (de «a ti también» a los que daban el grado todos al tiempo, después de haber escogido a los primeros), «doctorato en merdecina», que comienza a ensartar disparates, pero listo a la hora de manejar las manos: «Es de ver / cuando topo a una mujer / Acarrázase el mozuelo/ que hos les hago, juri al cielo/ mear de puro placer/ Si me agrada / yos la abrazo así apretada/ dandole mil pellizquitos / bésóle aquel-

37. Ver Fred ABRAMS, «¿Fue Lope de Rueda el autor del *Lazarillo de Tormes*», *Hispania* XLVII (1964), 258-267. Alfredo BARAS ESCOLÁ, «*Lazarillo* y su autor: ¿Alfonso de Valdés o Lope de Rueda?», *Insula* 682 (octubre 2003) 13-16. Alberto FORCADAS, «El entretejido de la *Propaladia* de Torres Naharro en el prólogo y tratado I del *Lazarillo de Tormes*», *Revista de Literatura* LVI, 112 (1994), 309-348.

38. Pueden verse datos de la obra en Miguel Marón GARCÍA-BERMEJO GINER, *Catálogo del teatro español del siglo XVI*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1996, 122. Tomo las citas de Bartolomé PALAU, *Farsa llamada La Salamantina (1552)*, (ed. A. Morel Fatio), *Bulletin Hispanique* 1 (1900), 5-72. Sobre Palau, véase *Historia de la Gloriosa Santa Orosia* (Oleh Mazur, ed.), Madrid, Playor, 1986.

los hocicos...» Dejémosle aquí antes de que pase a mayores («una que yo me topé / saludéla, juro al cielo / arremetí en buena fe / y echéla luego en el suelo...» vv.115 y ss.).

Comienza la obra con la caracterización de la pobreza del estudiante que se queda sin blanca porque no llega el recuero («Estudiante sin recuero, bolsa sin dinero», recoge Correas) y no recibe más que material escolar, del que reniega:

Estoy perdido
seis caminos ha venido
este negro de recuero
que do al diablo el dinero
ni blanca que me ha traído
ni un ceutí
papel y tinta
eso sí
envían me más que quiero (vv. 179-186)

El estudiante tiene empeñadas sus ropas y los libros, sólo se ha quedado con su desgastado ejemplar de *La Celestina*, y un libro de estudio nuevo a fuerza de no abrirlo: «¿Libros? Pues vos lo ved:/ Una Celestina vieja/ y un Phelippo de ayer» (vv. 201-203). La necesidad de mantener el ritmo de gasto de los otros, para que no le llamen pascasio (estudiante *pascuero* se llamaba al que se iba a casa por Pascuas –las clases se suspendían por los estatutos–, ya que quedarse en tiempo de ocio implicaba más posibilidad de gasto) y apocado, nos da una imagen del nivel económico de la ciudad, en la que es necesario mantenerse con buen dinero; y eso que él, dice, no es «jugador, disoluto o putañero», o sea, el retrato perfecto del estudiante pícaro:

mi padre había de mirar
el uso de Salamanca
y pues me envía a estudiar
no enviarme blanca a blanca
los dineros (...)
Vale más guardar carneros
que estar aquí de tal modo. (vv. 230-238)

Esto explica el desarrollo de capas pobres de la población, y justifica también el escaso dinero que recibe el ciego del *Lazarillo* por su actividad y que le lleva a buscar mejores lugares.

Su situación es tan desesperada que debe tomar una solución drástica:

Juro a Dios, yo determino
de tomar otro camino
que me saque de *laceria* [nótese el término que subrayo]
y buscar
una puta singular
de gesto muy floribundo
y en lugar de estudiar
andarme por ese mundo
por san Juan
hecho un valiente rufián
comiendo de mogollón (vv. 256-266)

Lo que hace Lázaro para salir de *laceria* es también buscarse un apaño sexual, consentir sus cuernos a cambio de manutención. Pero claro, la necesidad es mucha y la mala fortuna empuja a hacer lo que no se quiere: el mensaje de la justificación moral de la inmoralidad por la necesidad es de la mismísima estirpe del *Lazarillo*:

que es verdad
que con la necesidad
hombre hace lo que puede
y fortuna como quiere
trastorna la voluntad. (vv. 309-313)

La conversación entre el estudiante y Soriano, mozo de espuelas (no se dice si del comendador de la Magdalena), va haciendo el retrato de ambas ocupaciones, (un poco al revés de como en los debates medievales, es decir, el estudiante alaba la vida del mozo, y el mozo la del estudiante); en ambos casos la bondad del oficio la determina la posibilidad de prosperar en la sociedad, el repetido *medrar* del *Lazarillo*: «Con estos tales medraréis / como todos han medrado». Los nobles que «honran toda su gente / con dádivas y largueza», se oponen al «desventurado caballero/ de tortis, no verdadero / amorador de la escaseza / que quiere más un dinero / que no toda la nobleza» (vv. 420-428). *De tortis*, es decir, que da muchas vueltas y rodeos, casi como el hidalgo del *Lazarillo* que circunvala las comidas por no tener qué.

El retrato que hace el estudiante de su vida («después que hombre ha llegado/ a esta negra Salamanca/ juro a Dios crucificado / que laceria nunca manca») responde a todos los tópicos estudiantiles. Y el retrato del ama de los pupilajes, y de la posadera, contextos necesarios para la caracterización de la madre de Lázaro:

El ama sisa su parte
el despensero mejor
nadie hay que no arrebate
su pelón.
Después a cada rincón
en la despensa o en la cama
veréis hacer conjunción
a los mozos con el ama. (vv. 516-523)

¡Mal año para Calventa/ y para Antona de Lara (vv. 1644-1645) (Obsérvese que el nombre de la fulana es Antona, como el de la madre de Lázaro).

En este medio pasamos
entre las putas y amigos.

Con este ambiente se desarrolla la obra, por donde van pasando tipos cómicos: el vizcaíno, el bobo, la tripera³⁹, los ladrones, el pastor y su moza y la doncella salamantina, que a la postre será la víctima de la determinación del estudiante, que la seduce con engaños. Ante la ignorancia del padre, que reflexiona (jornada tercera) sobre la honestidad y las habladurías:

39. Al personaje de la tripera de esta *Farsa* dedica unas notas Miguel M. GARCÍA-BERMEJO GINER, «Notas a un personaje dramático», en *Estudios humanísticos en homenaje a Luis Cortés Vázquez*, Salamanca, Universidad, 1991, vol. I, 283-288. Palau crea personajes tipo, ampliamente conocidos por su público, y que acumulan rasgos reales junto a rasgos literarios y tradicionales, como el estudiante.

pues sabéis que a cada rato
 saca el vulgo mil canciones
Digo esto
porque tu vivir honesto
 tiene al mundo muy contento
 (...) Si no te viesen bien vivir
 entre la placera gente
 luego habría qué decir
 Y no hay llama
 que más destruya la fama
 quel decir y lo que suena. (vv. 1797-1811)

No puedo leer este parlamento del padre sin acordarme de las palabras del Arcipreste y de las finales de Lázaro:

mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir diciendo no sé qué y sí sé qué...» «Lázaro, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará; *digo esto porque...* (obsérvese la coincidencia léxica con Palau).

Las malas lenguas aquí son las del pastor, que como no puede cumplir sus propósitos lascivos con Teresa, denuncia a su ama, la Salamantina ante su padre; esta niega y reniega, se hace la ofendida y lloriquea su inocencia (falsa), como hace la mujer de Lázaro ante las habladurías sobre su honestidad («Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí... y después tomose a llorar...»). El orden se restituye mediante el engaño aceptado del alguacil y del padre: el caso finaliza -como en el *Lazarillo*- con la honra perdida encubierta, que aporta más beneficios que perjuicios: («Salamantina es doncella virtuosa»).

También es curiosa, por no señalada, la coincidencia en algunos aspectos materiales, y en concreto los tipos góticos y grabados xilográficos de la portada de la farsa *Salamantina* (1552) y del *Lazarillo* de Burgos (1554) (figura 1). El friso de personajes de la portada de la farsa es corriente en la tipografía antigua⁴⁰, y algunos de los personajes del *Lazarillo* de Juan de Junta los encontramos también en otros impresos, como la portada de la *Comedia Jacinta* (Burgos, Juan de Junta, hacia 1540) y algún pliego suelto sin localizar. Así como en las portadas de Medina y de Alcalá, (figura 2) se observan claramente los personajes de ciego y lazarrillo, y en la de Alcalá incluso con referencia al episodio del jarro de vino, (nótese la cara de picardía que el grabador ha incorporado a Lázaro), sorprendentemente, en la de Burgos, junto a un Lázaro como mozo, aparece un tipo que difícilmente podemos identificar con ninguno de los personajes de la novela, pero que para el impresor de la obra de Palau representa, por su manto y bonete al estudiante protagonista de su farsa (figura 3). ¿Qué pinta un estudiante en la portada de *Lazarillo*? ¿Carecería el impresor Juan de Junta de grabados más apropiados? Este personaje reaparece en el grabado del tratado V, identificado como el buldero, pero llevar al buldero a la portada ¿no era concederle un papel que no le corresponde? Por otra parte, la «fortaleza» (que aparece también en la *Jacinta* y se reutiliza en un pliego suelto del siglo XVI) «debe sugerir -dice Rico- en el *Lazarillo* de Junta que buena parte de la acción transcurre «en esta insigne ciudad de Toledo». ¿Y por qué no en Salamanca, junto al estudiante de la portada, tiempo más acorde con el joven Lázaro -al niño, no al

40. Francisco RICO, «La *princeps* del *Lazarillo*. Título, capitulación y epígrafes de un texto apócrifo», en *Homenaje a Eugenio Asensio*, Madrid, Gredos, 1988, 417-446, 428.

hombre, subraya el propio Rico- que reproduce el grabado? Leída de esta forma, la portada de *Lazarillo* encaminaba a un contexto universitario salmantino en el que arrancan las fortunas y adversidades de Lázaro niño.

No me atrevo a sacar conclusiones; ciertamente el uso de los grabados era intercambiable («viñetas de guardarrope» las llama Rico), y su uso en pliegos sueltos –producción de significativo papel económico para las imprentas–⁴¹ señala el aprovechamiento de los tacos de madera usados en varias obras; pero no cabe duda de que ese intercambio es más fácil dentro del mismo taller. Quizá la consecuencia más lógica sea que la farsa de Palau (hasta ahora sin localizar) se imprimiera en Burgos, en el taller de Juan de Junta en 1552, cerca, muy cerca, quizá, de la perdida *editio princeps* del *Lazarillo*⁴². ¿Se haría la *princeps*, o al menos un subarquetipo del *Lazarillo* en Burgos 1552 y no en Alcalá 1552/53 como aventura Ruffinato?⁴³ Para Rico la cosa no ofrece dudas: «la *princeps* del *Lazarillo* fue impresa también por Juan de Junta en Burgos, en fecha algo posterior a la consignada en el colofón de *La vida de sant Amaro* (20 febrero 1552), en 1552 o 1553»⁴⁴. A la vista de nuestra farsa, yo cerraría el círculo en 1552. El éxito grande y rápido de la primera edición alentó las nuevas simultáneas de 1554.

¿Cuántos secretos más guarda ese estudiante que nos mira desde la portada de la edición de Burgos? Es claro que la cercanía entre ambas obras, farsa y novela, se subraya desde la identificación de las portadas y quizá sea necesario volver a reflexionar sobre este caso. Quizá también con menos coincidencias temáticas y de tono se han planteado posibles autorías del *Lazarillo*. Volvemos a jugar al juego de los autores: ¿sería Palau el autor de la obrita? No creo, ni siquiera creo que importe. Es preferible decir que no existe, como apuntaba Maurice Molho, o que el *Lazarillo* es un apócrifo, como dice Rico en una de sus epatantes sentencias, como una relación de casos o una carta en pliego suelto. O que Lázaro González Pérez es el actor y autor del *Lazarillo*, como escribe Ruffinato. Mejor nos lo planteamos de otra forma ¿Conocería el autor del *Lazarillo* la farsa de Palau? Casi podríamos afirmarlo. Pero sobre todo, gracias a obras como las de Palau, en fecha tan cercana a la obra anónima como 1552, el *Lazarillo* podía leerse en clave salmantina, completando el contexto por el ambiente estudiantil picaresco, por los datos sobre el entorno social de Lázaro en sus primeros años, pero incluso, trascendiendo lo anecdótico, por el mensaje de moral práctica o de inmoralidad provechosa que encierra la obra de Palau.

«Todo relato -dice Rico- es forzosamente elíptico: selecciona unos cuantos fragmentos de un proceso continuo (...) e invita a suponer lo demás merced a la fantasía y al conocimiento del mundo»⁴⁵; por eso la realidad del texto no se agota en lo explícito. He jugado aquí a reinventar la realidad del *Lazarillo* salmantino desde lo no explícito, esbozando una lectura intertextual de la obra, aludiendo a sus hipertextos o actuando como hipotexto o en cualquier caso, tejiendo esa textura que posibilita la libre asociación de textos facilitados por el imaginario cultural y por el contexto. Ahora hay que acabar.

El imaginario popular ha otorgado el triunfo del ambiente del *Lazarillo* a Salamanca. Así lo interpreta ya uno de los primeros lectores agudos de la obra, el autor del segundo *Lazarillo* (1555),

41. Ver CÁTEDRA, *Invencción...* sobre Juan de Junta, 64.

42. En conversación con Mercedes Fernández Valladares, máxima conocedora de la imprenta en Burgos, veo confirmada mi intuición del origen burgalés de la *Farsa llamada Salamantina* a la vista del análisis de tipos y tacos de figurillas de la portada. Debe verse al propósito su documentado artículo «Un taller de imprenta para la *Farsa llamada dança de la muerte*. Burgos como foco difusor del teatro de cordel en el siglo XVI», *Revista de Filología Románica*, 20 (2003), 7-23.

43. RUFFINATTO, *Las dos...*, 97.

44. RICO, *La princeps...*, 430.

45. En *Lazarillo...* 84.

que, como ha mostrado Valentín Núñez, interpreta aspectos de su modelo. La aventura final de este segundo *Lazarillo* hace regresar a su personaje a Salamanca y le introduce ¡por fin! en las aulas de su Universidad, vuelto de la vida con el aprendizaje hecho. El segundo *Lazarillo* cierra circularmente el periplo vital de Lázaro, haciéndole regresar a su origen donde se presenta «ya muy doctor entre los doctores»⁴⁶.

Al menos en el terreno de la literatura cuenta finalmente este periplo vital con la sanción del inmenso Cervantes, que transforma y socava el género picaresco en su *Licenciado vidriera*⁴⁷, y para ello hace también resonar su modelo primero, iniciando su narración donde Lázaro González, de nuevo en las riberas de Tormes y en contexto universitario:

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas de Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol durmiendo, a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador. Mandaron a un criado que le despertase; despertó y preguntáronle de adónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado, y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar un amo a quien servir, por sólo que le diese estudio.

– Desa manera – dijo uno de los caballeros –, no es por falta de memoria habésete olvidado el nombre de tu patria.

– Sea por lo que fuere – respondió el muchacho –, que ni el della ni del de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.

– Pues, ¿de qué suerte los piensas honrar? – preguntó el otro caballero.

– Con mis estudios – respondió el muchacho –, siendo famoso por ellos; porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.

Esta respuesta movió a los dos caballeros a que le recibiesen y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio de la manera que se usa dar en aquella universidad a los criados que sirven.

Lázaro parecía despertar de su sueño de años, pero Cervantes le daba la vuelta al calcetín del *Lazarillo*, remitiendo al final de su novela al prólogo de la novelita, y haciendo que el loco salmantino recupere el juicio, haciendo alarde de su mérito, y dándole como una segunda oportunidad:

Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza (...) de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dio el grado que tengo.

Virtud frente a favor; Fuerza y maña, frente a fortuna: «cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto».

Lázaro cruza el puente desde el sur, como *rudo* pero no para ir al estudio académico y convertirse con su virtud en *ex rudo* (erudito). Cruza el puente desde Tejares y entra en contacto con la escuela más dura, la de la vida, piélagos donde hay que remar con fuerza y maña. Y cruza el puente hacia el sur para salir de la universitaria Salamanca y lo primero que recibe es una cornada («En Salamanca los dones, el toro de la puente los quita y los pone», decían los estudiantes); tras la calabazada, escucha el consejo de su maestro:

46. Creo que la estructura especular del segundo *Lazarillo* (1555) con relación al primero de 1554, a que se refiere Núñez Rivera no atiende sólo aquí a una referencia al tratado V, sino más claramente al ambiente estudiantil entrevistado en el inicio del tratado I. V. NÚÑEZ RIVERA «Claves para el segundo *Lazarillo*, 1555. El continuador anónimo interpreta su modelo», *Bulletin Hispanique*, 2 (2003), 333-369.

47. Así opina Michel E. GERLI, «La picaresca y *El licenciado Vidriera*: género y contragénero en Cervantes» en *La picaresca...*, 577-587.

Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Cifrado, como no, en léxico estudiantil: «saber un punto más» no es sólo saber un poco más, sino saber los puntos de una oposición, en la que el examinador marcaba con tres «piques» al azar los tres temas o puntos, sobre los que el examinando debía disputar. Lázaro debe saber siempre un punto más que su opositor, que no es manco («estudiante y diablo, una misma cosa con dos vocablos»). En la *Farsa Salamantina* de Palau leemos: «Bien está/ de esta forma no sabrá/ su mercede aquestos puntos»⁴⁸. Los puntos para la vida aprende Lázaro, una enseñanza práctica, un aguzar la vista y el ingenio, como cualidades naturales no para la ciencia, sino para la existencia a fuerza de golpes o cornadas, pero, «más cornás da el hambre» y Lázaro que se ha criado con ella sabe lo que vale no sufrirla.

El contexto salmantino, *salamantino*, del *Lazarillo*, llena la obra de estas resonancias, ecos o intertextos, que aquí he tratado de mostrar, para suplir tantos silencios y rellenar tantas elipsis de nuestro ilustre anónimo.



Figura 1

48. En el *Quijote* II, 23, se asume la expresión como frase proverbial: «...no fue hijo del diablo, sino que supo, como dicen, un punto más que el diablo». COVARRUBIAS, en el *Tesoro...* explica: «Puntos, los que señalan al que lee de oposición».



Figura 2



Figura 3

